

La cuestión criminal

20

Eugenio Raúl Zaffaroni



46. ¿Cuándo se cometen las masacres?

Las masacres siempre pretendieron un control territorial para limpiar y homogeneizar, higienizar, desinfectar, que comenzó dentro de la propia Europa y que ésta expelió hacia el resto del mundo mediante el colonialismo y el neocolonialismo, hasta que rebotó y volvió brutalmente a Europa, dejando múltiples estelas postcolonialistas en su camino. Pero en este proceso milenario hubo sociedades que no incurrieron en masacres. Veamos, pues, cuándo se cometen.

Cuando se practican en el propio territorio requieren estados de policía, salvo que se trate de masacres que —como continuación del colonialismo— se practiquen sobre pueblos originarios: la campaña al desierto argentina, el robo de niños a los originarios australianos, etc. Cuando se cometen fuera del propio territorio del estado genocida, pueden ser practicadas por estados más o menos liberales, como sucedió en el neocolonialismo o en el caso de Serbia.

Girard lanza la hipótesis de que las masacres se llevan a cabo por estados débiles, que procuran salir de sus crisis reafirmando su poder mediante la construcción del chivo expiatorio, mostrado como responsable de todos los males. Si dejamos de lado la abstracción estado y nos referimos al grupo hegemónico masacrador, esto suele ser verdad. Las masacres dentro del territorio casi siempre fueron un instrumento de consolidación del poder de un grupo hegemónico que se sentía débil.

La inquisición consolidaba el poder papal debilitado por los grupos disidentes y por el poder terrenal. Los nazis eran un pequeño partido

que llegaba al poder, con disidencias internas y que se proponía montar un estado totalitario, para lo cual necesitaba concentrar muchísimo poder. El imperio otomano se hallaba en una crisis de disolución cuando Talât y su banda de jóvenes turcos comenzaron a masacrar a los armenios. Pol-Pot tomó el poder en Camboya con un partido que contaba con pocos cuadros. Serbia asistía a la disolución yugoslava y perdía su hegemonía. Stalin montó un poder enorme partiendo de una situación catastrófica, heredera de un imperio que amenazaba disolverse, asolado además por una guerra internacional, una revolución y una guerra civil. Las minorías privilegiadas que apoyaron las dictaduras de seguridad nacional sudamericanas estaban sitiadas por mayorías que habían cobrado consciencia de ciudadanía.

Todo parece indicar que el chivo expiatorio aparece cuando un grupo hegemónico débil opta por crearlo como forma de acumular poder. Esto no significa que sea un medio eficaz para conseguir ese objetivo, pues en la mayoría de los casos, en el mediano y no muy largo plazo, no dio el resultado esperado. El imperio otomano se disolvió y Turquía hasta hoy no consigue entrar en la Unión Europea; la Alemania nazi acabó en el desastre que todos conocemos; el régimen de Pol-Pot se derrumbó y Camboya se quedó sin profesionales ni servicios. Como máximo puede afirmarse que los beneficiarios fueron algunos corruptos.

La regla del grupo hegemónico débil no parece cumplirse en el caso del neocolonialismo, pero sin embargo la diferencia radica en que se produce un desplazamiento territorial de la masacre y del estado de policía que presupone.

Los grupos hegemónicos europeos eran débiles en la segunda mitad del siglo XIX: las revoluciones de 1848, la Comuna de París en 1871, el socialismo y el anarquismo, la miseria, las masas urbanas, las amenazas de los vecinos y del equilibrio de opereta del continente, hablan más bien de debilidad y de la violencia difusa de Girard.

La identificación de los criminales con los salvajes no fue un invento de Lombroso, sino un estereotipo que tendía a unificar a dos chivos expiatorios, es decir, al marginado interno y al colonizado externo, lo que justificaba la importación a la metrópoli de la policía de ocupación territorial de las colonias.

Lo curioso es que en todos los casos en que un grupo hegemónico decide masacrar, emite antes señales claras que por lo general se ignoran, incluso por las propias víctimas. El signo más inequívoco son las técnicas de neutralización en el sentido de Sykes y Matza que vimos en su momento. Cuando éstas dejan de ser difusas para difundirse y reiterarse en el público y en particular cuando devienen del discurso del poder, el riesgo se hace inminente.

La masacre no puede llevarse a cabo si no cuenta con el apoyo o la indiferencia de la población y con la convicción de las agencias ejecutoras. Este presupuesto depende de la creación previa de realidad mediática que instale el pánico moral (mundo paranoide) neutralizando los valores dominantes.

Hubo polacos y lituanos linchando judíos, la población hutu matando tutsis, etc. Además, no es verdad que los ejecutores integrados a un cuerpo jerarquizado actúan por obediencia o temor; no se tiene conocimiento de que los

nazis hayan dado muerte a nadie porque se hayan excusado de matar judíos.

La observación de que la tesis de Sykes y Matza de 1957 parece estar hecha a la medida de las masacres estatales no es nueva, aunque los criminólogos que la mencionan por lo general lo limitan al caso de la Shoah (Frank Neubacher, Alexander Alvarez). Por nuestra parte creemos que pueden extenderse a todas las masacres.

Recordemos los tipos de técnicas enunciados por Sykes y Matza que hemos visto en su momento: (1) negación de la propia responsabilidad; (2) del daño; (3) de la víctima; (4) condenación de los condenadores; y (5) apelación a lealtades superiores. Veamos cómo operan estas categorías en el discurso de los masacradores.

La negación de la propia responsabilidad en las masacres se caracteriza por definir situaciones como de extrema necesidad y creadas por el grupo al que se pretende aniquilar. Por ende, el chivo expiatorio en toda masacre debe ser alguien que haga creíble la atribución de un enorme poder capaz de generar el pánico moral.

Para eso se acude a una causalidad mágica, basada siempre en una urgencia de respuesta. El reclamo autoritario siempre es de urgencia: Deme una respuesta. Si esto no le gusta ¿qué propone? Baje a la realidad. ¿Qué me dice frente a esto? Son expresiones que escuchamos todos los días por parte de los formadores de opinión de la criminología mediática.

Cuando el contenido mágico es muy evidente, se lo disfrazo de científico: cuando quedó demodé atribuir a la relación con Satanás la capacidad de los judíos para causar las pestes, se les imputó la posesión de un veneno tan potente que podía

matar a toda la población; se pasó del diablo a la química.

El nazismo se rodeaba de científicos para legitimar sus disparatadas tesis y los renacimientos cíclicos de la frenología lo confirman. Recordemos el experimento de Stanley Milgram en la Universidad de Yale: invitó a estudiantes a participar de una supuesta prueba científica en la que un actor simulaba sufrir descargas eléctricas progresivas que el invitado produciría con un aparato, verificando que entre el 60 y el 80% de los invitados no se detenían ante la simulación de dolor del actor. La autoridad de la ciencia generó un verticalismo obediente en personas normales, que no pararon ante el sufrimiento.

Cabe aclarar que el pánico moral es casi siempre ilusorio pero no alucinado, es decir, que deforma la realidad, pero rara vez la inventa del todo. Esto obedece a que es más sencillo alterar la percepción de un objeto real que promover la de uno inexistente. La existencia de un objeto portador de algo de peligro o dañosidad facilita la tarea de manipularlo hasta hacer creer que es necesario aniquilarlo para sobrevivir.

En ocasiones se alimenta el pánico moral con un hecho desencadenante, cuya autoría queda en el misterio, como el incendio del Reichstag en Berlín o el misil que mató al presidente de Ruanda. En menor medida las agencias policiales autonomizadas se valen de iguales tácticas: dejan que se causen robos y homicidios, provocan o incitan saqueos o desórdenes, liberan zonas, todo para precipitar el pánico moral.

Si bien la fuente de la pretendida emergencia es un hecho deformado, sería demasiado ingenuo creer que este hecho desata las

masacres, pues implicaría que de no haber existido las masacres no se producirían, lo que terminaría por atribuir la responsabilidad a las víctimas, que es justamente lo que pretenden los masacradores.

A nuestro juicio, más bien parece que cada uno de esos hechos fue sólo una condición, porque de no haber existido hubiese costado un poco más de esfuerzo, pero se lo hubiese inventado o creado. Es obvio que si de cada peligro, conflicto o riesgo real, derivase en una masacre, ninguno de nosotros estaría vivo. Hay hechos muy graves que desencadenan incluso guerras civiles, pero no masacres.

Estos hechos dan lugar a la tesis de la provocación suficiente, mediante la cual el masacrador se presenta como alguien al que las circunstancias históricas colocaron en la triste función masacradora, y que para salvar a la comunidad, a la civilización, a la raza, a la república o al proletariado (o a su santa madre, suelen agregar en el café) no tiene más remedio que sacrificar algunas vidas como único medio de preservar al resto. Esta es la nada novedosa fórmula de Caifaz. En la Argentina se la ha llamado la teoría de los dos demonios.

La negación del daño (segunda técnica de Sykes y Matza) es una técnica de comunicación, resultante de que ningún masacrador quiere espantar a su población mostrando sus atrocidades, sino asustarla mostrando las que según él comete el chivo expiatorio. Con eso busca la participación activa de la población, aunque la forma más frecuente de ésta son las delaciones, que abren el espacio para múltiples crímenes triangulares originados en cualquier odio o frustración. Mientras el poder punitivo está contenido, la delación

o la denuncia falsa traen pocos inconvenientes, pero ante el poder masacrador se vuelven asesinas, porque cualquiera tiene a mano un aparato homicida.

Es más fácil negar el daño cuando los hechos tienen lugar fuera del territorio; por eso, cuando ocurren en el propio territorio se fomenta una resistencia a creer. Los habitantes de los barrios residenciales de las grandes ciudades se resisten a creer en las ejecuciones sin proceso que tienen lugar en las áreas marginales de la misma urbe, mostradas como enfrentamientos.

La revolución comunicacional no eliminó la negación del daño, como lo prueban los casos de Bosnia y Ruanda; por el contrario, la Radio de las Mil Colinas de Ruanda incitaba públicamente a la masacre, válida de un tono juvenil, desinhibido, con música popular del Zaire, que contrastaba con la aburrida radio oficial y que recuerda a algunos medios especializados de nuestros países.

La negación de la víctima es otra técnica de neutralización indispensable en la preparación de la masacre. El chivo expiatorio se construye siempre sobre un prejuicio previo, que es una discriminación que jerarquiza seres humanos: negros, indios, judíos, albaneses, islámicos, croatas, armenios, tutsis, hutus, gays, burgueses, comunistas, degenerados, asociales, inmigrantes, discapacitados, pobres, ricos, habitantes urbanos, todo lo que sustancializado permite considerarlos subhumanos o menos humanos y atribuirles los peores crímenes construyendo un ellos de malvados y dañinos que deben ser eliminados para poder sobrevivir.

Dado que la negación de la víctima nace de una discriminación, el correspondiente chivo expia-

torio no siempre está bien delimitado, ni siquiera cuando se apela a racismos. Así, la contaminación de la sangre de la eugenesia norteamericana es un buen ejemplo: no sólo eran los negros, sino los que tenían algún gen negro; lo mismo pasó con los gitanos en Alemania; entre hutus y tutsis no hay diferencias notorias (hablan la misma lengua y hasta practican la misma religión); etc. En las masacres políticas, como en Camboya y en la URSS, la identificación fue progresiva, pues los enemigos se iban descubriendo sobre la marcha y los amigos de hoy eran los enemigos de mañana; el concepto stalinista de enemigo del pueblo era tremendamente poroso, tal como lo puso de manifiesto Kruschev al relatar los crímenes de Beria en su famoso discurso secreto.

El chivo expiatorio deja de ser persona porque pasa a formar parte de un ellos a través del fenómeno de la sustancialización a la que hicimos referencia: se instala una categoría de pensamiento, el otro diferente es parte de un todo maligno. No se puede pensar en el otro como individuo, sino como perteneciente a una totalidad que tiene un para qué maligno, con lo que pasa a ser una cosa y deja de ser una persona. El soviético Ilja Ehrenburg lo definió muy claramente: Ninguno de ellos era culpable de nada, pero pertenecían a una clase culpable de todo.

A medida que se extiende la ideología masacradora en la llamada opinión pública el que disiente siente miedo a la soledad, a quedarse solo en medio de la multitud, se siente como el personaje de Enrico IV de Luigi Pirandello, preguntándose si el loco es él o son todos los demás.



La cosa se va poniendo peligrosa a medida que se imputan a ellos crímenes más graves, con lo cual cada vez se les niega más la condición de víctimas y se atribuye la crisis a causas morales (así en todas las proclamas dictatoriales latinoamericanas). En primer lugar se le imputan crímenes violentos; en segundo lugar, crímenes sexuales. En tercer lugar crímenes contra lo simbólico y sagrado (históricamente la profanación de hostias, en muchos casos el ultraje a símbolos nacio-

nales). En alguna medida estas características se han imputado racistamente sobre la nacionalidad colombiana en Ecuador.

Cabría pensar que cuanto mayor sea la inmediatez con los masacradores y la opinión pública, el chivo expiatorio debería ser más diferente para hacer creíble su condición de todo maligno. No es así: las víctimas locales son demasiado parecidas a los masacradores o conviven con éstos desde mucho tiempo antes.

La masacre del vecino requiere que éste no sea totalmente diferente, sino que por efecto del narcisismo –según Freud– o del mimetismo –según Girard– la diferencia se establezca potenciando caracteres muy secundarios. Con detalles mínimos se lo convierte en un extranjero, a partir de que no entiende las jerarquías de la sociedad y, por eso, es un anormal. Si el que no se aviene al respeto a las jerarquías es diferente, se lo erige en enemigo de la sociedad más fácilmente, pero si es muy parecido es necesario elaborar la diferencia, crear al extraño que siempre genera sospecha y desconfianza, abrir el espacio de la paranoia.

Siguiendo con los tipos de técnicas de neutralización que nos pueden colocar en la pista de cuándo se producen o avocinan las masacres, otro de los comúnmente usados es la condenación de los condenadores, pues los masacradores pretenden identificar a todos los que condenan sus crímenes como traidores, idiotas útiles que no ven el peligro del enemigo, obstáculos, o encubridores de los crímenes que se imputan a ellos.

No obstante, la condenación de los condenadores no es un simple recurso defensivo de los criminales de masa, pues éstos neutralizan sus valores hasta el extremo en que no pueden retroceder, no sólo porque perderían su liderazgo, sino porque cuando se hundieren en la ejecución de la masacre, el más mínimo reconocimiento de sus atrocidades importaría su desmoronamiento psíquico: no hay aparato psíquico que resista el formidable grado de culpa que generaría ese reconocimiento. Girard dice que odian sin causa pero no lo saben. Agregaríamos que no pueden permitirse saberlo, ni siquiera dudar en lo

más mínimo: la duda los llevaría a la catástrofe psíquica.

De allí que no haya masacradores arrepentidos, salvo entre los niveles participativos más bajos o entre los corruptos que se les suman para cometer latrocinios o negociados, pero los auténticos responsables sólo pueden admitir algunos excesos inevitables como efectos colaterales de la guerra que ilusionan.

El último tipo de técnica de neutralización es un componente ideológico presente en todas las masacres, que es la invocación de lealtades superiores, donde encontramos todas las construcciones megalómanas que hacen que el nosotros adquiera dimensiones míticas: el homo sovieticus, la Volksgemeinschaft, la Gran Serbia, el poder hutu, la Camboya democrática, la Indonesia occidental, el occidente cristiano, etc. Por regla general, estos criminales no se quedan cortos en materia de proyectos delirantes.

47. ¿Con qué? y ¿Quiénes?

Al responder la quinta pregunta de oro –¿Con qué se cometen las masacres?– nos enfrentamos al punto crucial para la criminología, pues la respuesta, a la luz de la experiencia histórica, es rotunda: con el poder punitivo.

La Gestapo, las SS y la KGB fueron agencias policiales; la masacre camboyana fue netamente policial; en el genocidio armenio participaron presos liberados al efecto; en el de los tutsis se liberaron presos con HIV para cargarles la violación de las mujeres hutus. Las agencias ejecutivas del sistema penal han estado presentes en todos los genocidios. En ocasiones fueron fuerzas armadas, pero no en función bélica,

sino asumiendo funciones policiales, como en las dictaduras de seguridad nacional.

La fragmentación del gobierno disimula esta realidad, en particular en el caso de las empresas colonizadoras, porque no fueron llevadas a cabo por las policías urbanas de las metrópolis, así como tampoco las dictaduras de seguridad nacional estuvieron comandadas por policías uniformados como tales, aunque las agencias policiales en sentido estricto tuvieron una participación importante: la investigación histórica prueba la cooperación del aparato penal con las SS, en las dictaduras de seguridad nacional la cooperación policial fue indispensable.

De cualquier manera, lo importante es que, sea el cuerpo armado que fuese (policías, militares, organizaciones políticas uniformadas, parapoliciales, paramilitares, capataces, bandas), siempre actuaron en función punitiva.

No es esta la visión tradicional respecto del neocolonialismo, porque pareciera que estas empresas nada tienen que ver con los controles policiales metropolitanos. Pero insistimos en algo que cambia la perspectiva: no fue la función policial metropolitana que se extendió al colonialismo, sino la ocupación colonialista que inspiró la extensión de la función policial a las metrópolis, quitándoselas al más bien laxo control militar para dotarla de especificidad controladora. Por eso —como vimos— no hubo guerras coloniales sino ocupaciones policiales de territorio.

Controlar el territorio, masacrar a los rebeldes y a los ocupantes indeseables, forzar al trabajo, castigar a los remisos, son actividades propias de una función policial de control territorial. Las represiones a los indios revoltosos y a los

esclavos prófugos son tareas propias de ocupación policial del territorio y poco importa cómo se hayan denominado sus ejecutores ni el uniforme que hayan llevado, pues lo que interesa es la naturaleza de la función que cumplieron.

En el siglo pasado, cuando la masacre se produjo en estados con agencias policiales y militares de alto nivel técnico especializado, las cúpulas debieron proceder a una depuración, separando a los resistentes o relegándolos a actividades secundarias y privilegiando a los guerreros ideológicos que se ponen al frente de la ejecución. Por lo general, éstos son oportunistas que están ávidos de escalar posiciones en la agencia saltando grados y jerarquías mediante sobreactuaciones, como suele suceder en toda corporación.

Esto cumple una doble función: por un lado facilita la ejecución y, por otro, ofrece cobertura a las cúpulas, que pueden alegar excesos no autorizados, cuando en realidad no son más que consecuencias inevitables de sus directivas.

En cualquier caso es menester distinguir diferentes niveles de ejecutores. Los ejecutores materiales por regla general son muy jóvenes y a veces hasta adolescentes, en tanto que es posible que los masacradores de escritorio no hayan ejercido personalmente ninguna violencia.

En particular, sobre los primeros existe una atracción fascinante al sentimiento de omnipotencia que provoca disponer de la vida de un semejante, tenerlo a disposición, sentir su miedo. De allí que el reclutamiento de los ejecutores materiales seleccione de preferencia a jóvenes y adolescentes o a adultos con trastornos de personalidad, pues es sabido que la om-

nipotencia es signo de inmadurez emocional y el masacrador explota esta falencia, así como el psicólogo industrial malvado aconseja al empresario acerca de cómo explotar la patología del empleado, pues no cualquiera está dispuesto a masacrar.

El caso camboyano es muy sugerente, pues llegaron a reclutar a marginales, vagos, alcohólicos, traficantes, malvivientes, analfabetas, y les dieron autoridad policial.

Los historiadores de esa masacre se asombran del cambio de personalidad experimentado por estas personas. En rigor, se trata de un proceso inverso al de estigmatización: si un segregado pasa a ser respetado y temido y a tener un lugar en el mundo, su autopercepción cambia totalmente. Por descontado, que el soporte de esta transformación fue la obediencia ciega. El reclutamiento de marginales no fue extraño tampoco a la táctica del partido nazi.

Si bien impresiona muchísimo al criminólogo verificar que las masacres han sido cometidas por las agencias del poder punitivo o por las que asumieron esa función, lo cierto es que las agencias ejecutivas nunca masacran sin previa decisión de las cúpulas gubernamentales que las toleran o desean, cuando no las impulsan.

En el caso más caótico de las últimas décadas —que fue el de Ruanda— la aparente espontaneidad no era tal, pues estaban involucrados los jefes comunales, eran estimulados por una banda en el poder e instigados por una radio, todo ante la aparente indiferencia omisiva de las fuerzas armadas y policiales.

Esto nos lleva a la sexta pregunta de oro de la criminología: ¿Quién? Esta pregunta no puede responderse con referencia a los ejecutores

materiales y ni siquiera a los masacradores de escritorio, que bien pueden ser burócratas. Cuando preguntamos quién o quiénes nos estamos refiriendo a las cúpulas del poder masacrador y a sus ideólogos.

Lo sorprendente es que en casi todos los casos nos hallamos con intelectuales que elaboraron sus técnicas de neutralización y que con frecuencia las llevaron a la práctica, como en el caso de Alfred Rosenberg, que no sólo hizo su aporte intelectual, sino que también fue quien comandó las masacres en la Europa ocupada.

Ziya Gökalp fue un sociólogo que mezclaba a Durkheim con Herder y Fichte y de esa mezcla obtenía el nacionalismo que postulaba el genocida Mehmet Talât, ejecutado por los armenios en una calle de Berlín. Otro intelectual del nacionalismo fue Yusuf Akçura, quien teorizaba que los armenios eran un cuerpo extraño en una Turquía definida étnicamente.

Está fuera de toda duda que la elite dirigente del nazismo que planificó las más atroces masacres, estaba integrada en su casi totalidad por universitarios con título máximo. También Hendrik Frensch Verwoerd –el creador del régimen del apartheid en Sudáfrica y que además dispuso los desplazamientos masivos de población negra– fue un académico.

El ideólogo serbio que mezclaba argumentos psicoanalíticos, religiosos y nacionalistas para alimentar la limpieza étnica fue un psiquiatra, miembro de la Academia y visiting professor en varias universidades europeas: Jovan Raskovic. Sus afirmaciones eran tales como: La realidad humana se enriquece con la destrucción de mundos interiores. Es en los cataclismos que se revela la realidad étnica del

pueblo serbio... Pueblo del destino trágico, divino, pueblo de la vida y de la muerte. La conjunción del cielo y de nuestro destino nacional se halla en el origen de nuestra identidad étnica.

Raskovic consideraba que los croatas estaban feminizados por la religión católica, padeciendo un complejo de castración que los sometía a una total incapacidad para ejercer cualquier autoridad, que los musulmanes y las poblaciones vecinas eran víctimas de frustraciones rectales, que los llevan a acumular riquezas. Por último, los serbios ortodoxos son el pueblo edipiano destinado a liberarse del padre. Semejante fanesca de Freud con Adler, Darwin y mística, no obstante, no dejaba de ser una elaborada técnica de neutralización.

A su muerte, le sucedió otro psiquiatra, Rodovan Karadzic, que ahora está siendo juzgado en La Haya.

Con esto no agotamos la lista de ideólogos de regímenes masacradores, algunos mucho más finos y sofisticados que el cambalachero psiquiatra serbio: hemos mencionado en forma reiterada a Carl Schmitt, como profundo teórico y gran trepador nazista; Charles Maurras fue un hábil periodista que lograba mezclar todo para proporcionarle cierta ideología a los enemigos de Dreyfus y al régimen vergonzante de Vichy; Giovanni Gentile fue sin duda un filósofo consistente y acompañó al fascismo hasta el final.

Quizá el caso más interesante sea el de Camboya, pues Pol-Pot y su grupo se formaron en las universidades francesas, casi todos como pedagogos, entre los que se hallaba Duck, el encargado de las purgas y ejecuciones, que forzaba confesiones con tortura, que después leía y

marcaba con el temible lápiz rojo de nuestra infancia escolar.

Las ideas de los maoístas franceses tuvieron eco en estos intelectuales durante su formación, pero estamos seguros de que los estudiantes franceses no imaginaron el efecto de esas ideas en la mente de quienes volvieron a una realidad en que Nixon y Kissinger habían lanzado sobre Camboya más bombas que sobre Japón en la Segunda Guerra, con vuelos rasantes que aniquilaron pequeños poblados campesinos y dejaron un resentimiento enorme.

Cabe preguntarnos si las masacres cometidas en nuestra región tuvieron ideólogos. Sin duda que si nos referimos a las del siglo XIX y en particular a las que sufrieron nuestros pueblos originarios, incluso después de la emancipación, los tuvieron: toda la criminología positivista y racista, en alguna medida lo fue. Pero no me refiero a masacres tan antiguas, sino a las más recientes, de la segunda mitad del siglo XX y en especial las de la seguridad nacional.

Creo que no podemos confundir a un ideólogo, que por lo menos presente algunos ribetes originales –por disparatados que sean– con repetidores de tesis francesas o norteamericanas. Gobery do Couto e Silva y Augusto Pinochet escribieron libros, pero con elaboración simplista e importada, reiterando los elementos emponzoñados del autocolonialismo. Por cierto que hubo intelectuales al servicio de nuestras dictaduras masacradoras, pero estos escribas ocasionales no merecen ese nivel de consideración. La ideología de nuestras masacres era por completo colonizada.

Equipo de trabajo:

Romina Zárate, Alejandro Slokar, Matías Bailone y Jorge Vicente Paladines

La cuestión criminal

21

Eugenio Raúl Zaffaroni



PRÓXIMO MIÉRCOLES